

maculadas la huella de un mortal desaliento.

«¡No hay, pues, esperanza para mí, escribía; Carlota no me amará jamás! solo me quedan mi madre y la ciencia; y cuando aquella me falte, ¿qué es esta para llenar la vida y el alma?»

«¡Qué dulce existencia hubiéramos podido pasar aquí los dos! ¡cómo la hubieran bendecido todos! ¡cómo la hubieran amado!»

«Pero, ¿quién soy yo para esa niña, cuya cabeza ha llenado de sueños vanos una educación fatal? Si se hubiera educado en la modestia y en una medianía próxima á la que yo puedo ofrecerle, no alimentaría las vanas quimeras de la vanidad.

«Paciencia: Dios me condena, sin duda, á la dura prueba de verla casar, y despues á la soledad y al aislamiento, porque yo no tendré jamás esposa, no pudiendo conseguir que Carlota sea mía.»

El jóven doctor apoyó la frente en la palma de la mano, y permaneció algunos instantes inmóvil y sumergido en sus dolorosos pensamientos.

Despues abrió un gran volúmen y se sumergió en las profundidades del estudio, supremo consuelo de las almas laceradas.

VIII.

Carlota era hija de una amiga de la condesa, que se habia casado con el hijo de un rico negociante español establecido en Bayona. Luisa se unió poco despues al conde de Peñaranda, con el que vivió catorce años, y la fortuna le sonrió, mientras que el marido de su amiga, al frente ya de la casa paternal desde su casamiento, quedó arruinado por especulaciones desgraciadas.

Su infortunio le costó la vida y dejó á su jóven esposa con escasísimos recursos, y con una niña que apenas contaba un año.

Esta niña, primero y último fruto de aquel desdichado y breve enlace, era Carlota.

La madre se puso á trabajar animosamente para mantener á su hija; pero las privaciones y la tristeza fueron minando su salud, y sin estar positiva y peligrosamente enferma, empezó á arrastrar una existencia lánguida y doliente.

De esta suerte pasaron algunos años, años llenos de privaciones y que dejaron al alma infantil de Carlota un profundo horror á la pobreza, y una ánsia secreta de dinero.

La niña, dotada de una imaginacion viva é

impresionable, comprendía que todos los sufrimientos de su madre, que todos sus pesares, que el trabajo asiduo á que se entregaba, traía su origen de la falta de recursos.

Cada noche al acostarse se decia:

—Si tuviéramos dinero, mi pobre mamá no se quedaria ahí cosiendo hasta el amanecer.

Cuando el médico ordenaba á la pobre viuda algun alimento nutritivo, alguna bebida refrescante, algun cordial que fortaleciese sus nervios debilitados, y la niña, al ver que no lo tomaba, le reconvenia dulcemente, la viuda le decia:

—No puede ser, hija mia; no tenemos dinero para eso.

—Pero mamá, ¿te vas á morir! exclamaba Carlota llorando.

—¿Y qué remedio? no tenemos dinero.

—Mamá, ¿por qué no buscamos una criada que haga las cosas más pesadas, mientras nosotras cosemos? preguntó un día Carlota.

—No puede ser, amor mio; no tenemos dinero para ese nuevo gasto.

—Pero nosotras ganamos bastante cosiendo.

—No es bastante para tener criada.

—¿Luego el dinero es el descanso, es la salud, es la vida? exclamó la niña con honda amargura: ¿luego con dinero es una feliz, y vive en el descanso y en la abundancia?

—Si el dinero no es la dicha, repuso la ma-

dre, es á lo ménos un poderoso auxiliar de ella; y desde luego, el tener siquiera lo preciso, es tener la tranquilidad.

Su madre, que tenia mucho ménos talento que ella, no comprendía el daño que sus teorías hacian en aquella alma cándida, ignorante y ardiente.

—Yo deseo ante todo tener dinero, se decia Carlota cuando entraba dentro de sí misma, con una gravedad superior á su tierna edad. Yo aprenderé algo que haga ganar mucho dinero para aliviar la suerte de mi pobre y adorada madre.

Así fué aprendiendo á leer, á escribir y á coser, únicas cosas que su madre le podia enseñar; pero despues de meditar durante horas enteras, algunas veces se decia:

—¡No, esto no da dinero más que para no morir de hambre!

La muerte llegó al fin para la pobre viuda, conducida por la escasez y por el dolor: Carlota, acongojada, miraba el rostro plácido y dulce de la enferma, en el que se pintaba un sufrimiento agudo, y se decia:

—¡Si tuviéramos dinero no se moriria mi madre! ¡Oh! ¿De dónde sacaria yo dinero? ¿Qué haria para ganarlo?

Era su pensamiento fijo, y el ánsia febril que la devoraba, el poseer unas cuantas monedas de plata.

Su madre murió sin que la infeliz niña pudiese comprar los últimos medicamentos.

—Poco importa, le dijo una señora que la vió llorar desconsoladamente: tu madre, pobre muchacha, se ha de morir lo mismo los tome ó no.

Carlota la miró con ojos en los que brillaban á la vez los relámpagos de la cólera y del dolor: fué á hablar, y las palabras no pudieron salir de su oprimida garganta. Por último, tomó un vaso y un frasquito y fué á la botica más cercana, llevando también las recetas del médico.

—Señor, por el amor de Dios, exclamó juntando las manos y dirigiéndose al boticario: ¡mi madre se muere; deme Vd. lo que dice aquí como una obra de caridad!

—No puedo hacerlo, muchacha, respondió la persona á quien se dirigía: el principal no está, y yo soy solo un dependiente.

—¡Pero mi madre se muere! repitió Carlota.

—Lo siento; pero sin dinero no puedo dar medicinas: vuelve cuando este el principal, dentro de tres horas.

La desgraciada criatura se alejó llorando. Una hora después su madre había espirado dándole su bendición.

Es probable que aquellas medicinas hubiesen sido ya ineficaces: no obstante, en el alma de Carlota, ya tan llena de hiel, quedó arraiga-

da la convicción de que había muerto por falta de los últimos recursos del arte de curar.

Aquella misma vecina que comprendió que las medicinas ya no podían servir para nada, se llevó á su habitación á la pobre Carlota, á pesar de la repugnancia de ésta, que no quería separarse de los restos de su madre.

Cuando vió sacar el cadáver en el carro que la parroquia da á los indigentes, Carlota prorrumpió en sollozos y exclamó:

—Si hubiéramos tenido dinero, el cadáver de mi pobre madre iría en el coche, y yo hubiera podido comprarle un sepulcro donde hubiera ido á rezar por ella y á poner flores sobre su losa.

Cerca de un mes hacia que Carlota era huérfana, y aún no había podido comprarse un traje de luto ni del más ínfimo precio. Una noche paró un coche á la puerta, y una dama subió ligeramente hasta la bohardilla de la vecina que tenía recogida á Carlota.

Esta se hallaba ya acostada, y lloraba rezando por su madre: sintió el crugido de un traje de seda, un dulce perfume, una voz dulce y desconocida, y se estremeció en el mísero jergon que ocupaba.

—¿No hay aquí, dijo la recién llegada, una niña que acaba de perder á su madre?

—Sí señora, respondió la vecina de Carlota; yo la he recogido.

—No he sabido la muerte de mi pobre amiga hasta ayer, prosiguió la dama, y vengo á buscar á su hija para llevarla conmigo.

La vecina frunció el ceño.

—Pienso pagar á Vd. lo que haya gastado con esa niña, añadió la dama; hágala Vd. venir aquí.

La pobre niña escuchaba con ánsia, y miraba ávidamente á aquella mujer elegante y bella, que venia á buscarla: parecíale un ángel de paz: miraba extasiada su traje de seda, que se doblaba en espléndidos pliegues sobre el pobre y sucio pavimento: hubo un instante en que se dijo á sí misma:

—Esa señora debe tener mucho dinero.

La mujer que la habia dado asilo, se llegó á su lecho y le dijo bruscamente:

—Sal, Carlota.

Vistióse de prisa y salió toda ruborosa.

—¡Oh, señora! exclamó uniendo las manos: ¿es verdad que era Vd. amiga de mi madre?

—Sí, respondió la dama atrayéndola hácia sí y besandola en la frente.

—¿Es verdad que viene Vd. á buscarme?

—¡Sí!

Carlota se dejó caer de rodillas y besó con lágrimas y sin poder hablar la mano de la condesa, que se hallaba tambien enternecida.

—No sé, á la verdad, á qué vienen esos aspavientos, exclamó con acritud la buena mu-

jer. ¡Cualquiera creeria que aquí se la maltrataba!

—Aquí tiene Vd. trecientos reales, repuso la condesa sin responder nada á la observacion de la vecina: si ha gastado Vd. más, dígalos, y le será satisfecho.

—No señora, dijo la vecina: quedo con esto bien pagada, y lo hubiera quedado mejor viendo á esta muchacha agradecida.

La condesa salió llevando de la mano á Carlota, que apenas creia lo que la sucedia.

Ni una sola palabra de gratitud ó despedida dijo á aquella mujer, que habia cerrado los ojos de su madre y que la habia dado asilo.

Cuando desapareció de su vista, la vecina exclamó con aire de conviccion:

—Tiene mala alma; dará que hacer y acabará mal.

Carlota halló un cielo en casa de la condesa: desde que habia nacido habia suspirado por la opulencia, sin conocerla: despues de conocida, la embriagaba como un filtro mágico; su carácter era afectuoso, pero solo para las personas que consideraba sus iguales ó superiores; para los demás pasaba indiferente y tranquila, procurando llegar lo ménos posible á los que creia pobres ó desgraciados.

Porque hasta la desgracia era para Carlota como un elemento repelente, y lejos de atraer su simpatía, la alejaba de una manera de que no

podía darse cuenta ella misma. Esta disposición de espíritu, nacida de los sufrimientos en que había visto deslizarse sus primeros años, la hacía dura de corazón, por el horror que la proximidad de las penas le inspiraba.

Un mes pasó Carlota al lado de su bienhechora: durante este tiempo se la equipó de la manera que exigía el colegio francés adonde la condesa quería que se educase, y terminados ya todos los preparativos, su misma bienhechora fué á instalarla en él.

Allí pasó Carlota seis años, procurando adelantar todo lo posible en sus estudios: su afán constante era sobresalir, y cuando, llevada de su carácter reflexivo, entraba dentro de ella misma, se decía:

—¡Yo seré rica!

Este era su pensamiento fijo: conocía que la condesa, á quien llamaba madrina, le había de dar los medios de lograrlo, y era esto lo que más vivamente le agradecía.

Cuando durante las vacaciones venía Carlota á Madrid, su madrina, que la recibía siempre como á una hija querida, solía decirle:

—Es preciso pensar en casarte, así que se termine tu educación.

—Cuando se halle un novio rico, respondía Carlota riendo.

—¿Rico y joven?

—No importará aunque sea viejo.

—¿Lo dices de veras?

—Sí, madrina.

—Si todas las muchachas pensasen como tú, el amor haría pocos estragos, decía riendo la condesa.

Dos años antes de salir Carlota del colegio de Bayona, murió el conde de Peñaranda, que casi para nada se había cuidado de su esposa. Viajero infatigable, el reposo era para él un martirio, y había recorrido toda Europa, gastando en esto considerables capitales.

La condesa no sintió gran dolor con la pérdida de su esposo: le había amado como á un amigo bueno é indulgente; pero ni uno ni otro se habían querido con pasión. Luisa tenía el corazón ocupado con otra imagen: su marido le tenía exclusivamente ocupado en las impresiones de sus viajes, y con las compras de objetos artísticos que en ellos había hecho.

Un antiguo amigo del conde, viudo ya desde algunos años, visitaba á la condesa: se llamaba el general Vírveda, y más que un anciano, parecía, á pesar de sus sesenta años, un caballero de los tiempos antiguos. Tal era su cortesía para todos, y su galantería para las damas.

—¿Por qué no se casa Vd., general? le preguntó la condesa un día en que aquel se quejaba de que le arruinaban sus criados.

—De buena gana lo haría, amiga mía, si us-

ted quisiera ser mi mujer, respondió el galante anciano.

—Yo no pienso volver á casarme, contestó Luisa sonriéndose; pero esto no es un obstáculo para que Vd. lo haga.

—¿Y quién podrá quererme á mí?

—Hay mil mujeres de mérito que tendrían por una gran dicha el ser las compañeras de su vida.

—¡Lo dudo! dijo el general meciendo su cabeza gris.

—Lo comprendo en su modestia de Vd.; pero yo estoy segura de lo que digo.

—Si Vd. halla una mujer buena, bien educada y bien nacida, que pueda darme un afecto verdadero y leal, dígamelo Vd. y me casaré enseguida.

—¿Aunque sea pobre?

—Deseo que lo sea, pues así podré darla á lo ménos el bienestar.

—Está dicho, pues, exclamó alegremente la condesa: desde hoy busco la novia.

—Está dicho.

Algunos meses se pasaron: el tiempo de las vacaciones llegó, y Carlota vino á casa de su madrina.

—Hija mia, le dijo la condesa; ¿que te parece el general?

—¡Muy bien! exclamó Carlota: ya sabe usted, madrina, que es mi defensor y mi mejor

amigo; pero, ¿por qué me pregunta Vd. eso?

—Deseo saber si te casarias contenta con él.

—¿Es rico?

La condesa miró con tristeza á la huérfana.

—Sí, respondió; pero no es esa sola razon la que debe influir en tu determinacion; piénsalo hasta mañana.

Al dia siguiente, Carlota fué al cuarto de su madrina, no bien esta hubo llamado á su doncella.

—Me casaré con el general, le dijo.

—¿Contenta? preguntó la condesa.

—Sí señora.

—¿Lo has meditado bien?

—Toda la noche.

—Piénsalo, sin embargo, otros dos dias, antes de que yo le hable.

Dos dias despues, Carlota repitió:

—Me casaré con el general.

—¿Estás segura de tu resolucion?

—Segurísima.

Aquella misma tarde, la condesa dijo á su amigo:

—Ya he hallado una novia para Vd.

—¡Como! exclamó el general; ¿aún piensa usted en eso?

—¿Y Vd. lo ha ovidado?

—¡Confieso que sí!

—Y yo lo siento, porque, lo repito, está hallada la novia.

—¿Será alguna solterona venenosa y repugnante?

—Nada de eso.

—¿Es jóven?

—Muy jóven.

—¿Bonita?

—Lindísima.

—¿Buena?

—Como un ángel.

—¿Donde está ese prodigio?

—En casa.

—¡Como!

—Es Carlota.

—¡Carlota! exclamó el general cruzando las manos con aire estupefacto.

—¡Qué! ¿No le agrada á Vd.? exclamó la condesa asustada.

—Amiga mia, dijo el general, eso es casar á la primavera con el invierno, á la floresta con el desierto; eso es hacer infeliz á esa pobre niña.

—Ella lo quiere.

—¿Ella quiere casarse conmigo?

—¡Sí! Y es en vano que yo haya tratado de disuadirla de ese propósito.

El general se encogió de hombros con aire incrédulo; la condesa llamó y dijo al criado que se presentó:

—Que venga la señorita.

La jóven entró con las mejillas encarnadas, pero con paso firme y seguro.

—Querida mia, le dijo la condesa; el general duda que por tu libre y espontánea voluntad, quieras casarte con él.

—¿Por qué lo duda? preguntó Carlota; yo me casaré con él muy contenta, y me tendré por dichosa con llamarme esposa suya.

El general la miró enternecido durante algunos segundos, y luego exclamó:

—¿Es pues verdad que quieres vivir á mi lado y embellecer los últimos años de mi vida?

—Sí, respondió Carlota; ese es mi más vivo deseo, general.

Este inclinó la cabeza y permaneció meditando durante algunos instantes; la condesa, que era observadora, vió pasar como una nube por aquella frente calva y venerable; pero si hubo lucha, fué de corta duracion: si el instinto del hombre de mundo advirtió al general de la ambicion, de la ceguedad del alma de Carlota, sin duda que tan tristes ideas fueron rechazadas, porque alzó la cabeza y dijo á la condesa con aire decidido y firme:

—Querida Luisa, puede prepararse todo para mi casamiento.

Carlota volvió á la pension; pero á las siguientes vacaciones salió para no volver á ella; debia casarse dos meses despues.

Antonio, el jóven médico del pueblo, habia llegado allí un año antes; al mismo tiempo que Carlota se decidia á casarse con el general, él

se juraba amarla toda la vida, y, ó casarse con ella ó no casarse jamás con ninguna mujer.

Pero, tímido y orgulloso á la par, no arriesgó ninguna declaracion; ni ¿para qué? en vano la condesa habia hecho notar á su pupila que el jóven médico la amaba.

Carlota se habia encogido de hombros con un frio desden, y habia respondido solamente estas palabras:

—Es pobre.

—Con él serias muy dichosa, sin embargo, observó Luisa.

—Pienso serlo más con el general, madrina mia, respondió la obstinada niña.

—¿Pero y el amor?

—Yo no amo á Antonio.

—¿Y si llega un día que ames á otro?

Carlota meció riendo su bella cabeza.

Así se hallaban las cosas, cuando llegó el baron de Riosanto.

El general se hallaba en Madrid, donde habia ido á comprar las galas para su hermosa prometida.

IX.

Al dia siguiente por la tarde, un elegante cupé deo al baron junto á la verja de la quinta:

aquel subió las escaleras del peristilo, y se halló en el salon que ya conocemos.

Allí estaban la condesa y Carlota, ocupadas en sacar de un gran cajon algunos vestidos que el general acababa de enviar, y que habian confeccionado las mejores modistas de Paris.

—Bien llegado, mi querido Mauricio, dijo Luisa alargándole la mano; soy contigo al instante: Carlota acabará de arreglar esto cuando se haya extasiado bastante delante de sus lindas galas.

—¿Galas que sin duda remite el general, no es verdad, señorita? preguntó el baron.

—Sí señor, repuso Carlota: y en su blanco rostro se encendió la llama de un rubor doloroso, á la vez que su corazon palpitaba de un modo para ella desconocido.

—Salgamos para disfrutar de la puesta del sol, dijo la condesa; y piensa, amigo mio, en que estoy impaciente por escuchar tu narracion, que me interesa más de lo que pudiera expresarte.

Luisa y Riosanto salieron del salon. Carlota dejó caer la seda y los encajes que tenia en las manos; siguió con los ojos aquella bella pareja del gran mundo que ella no conocia todavía; y cuando hubieron desaparecido, alzó los ojos al cielo que se veia á través de las ventanas abiertas del salon.

—¡Qué es lo que pasa por mí, Dios mio! mur-